



*Sistema de evangelización parroquial*

**IGLESIA COMUNIDAD**  
Comunión - Eucaristía

**Comunidad**  
**MI COMPROMISO EN LA IGLESIA**

Arquidiócesis de Medellín



# Iglesia

*Encuentro personal con Cristo y con los hermanos*

# Comunidad

Proceso 3, Módulo 1, Tema 51

Mayores informes comité CEBs:

☺ *Email: comunioneclisial@gmail.com*

## 1. Acogida

## 2. Lectio Divina

## 3. Tema: MI COMPROMISO EN LA IGLESIA

### PROPÓSITO:

Recoger las ideas fundamentales del camino que hemos seguido en estas catequesis y concretar algunos compromisos que nos ayuden a renovar nuestro sentido de pertenencia a la Iglesia.

### SIGNO

Al llegar al encuentro, a cada uno de los participantes, se le entregará una hoja en blanco y se le invita a que escriba allí, algunas ideas, que hayan quedado claras a lo largo de este camino de formación que se ha realizado. Luego, las van a compartir, tratando de encontrar cuales son los aspectos más importantes que se han compartido.

### PRFUNDICEMOS

#### MI COMPROMISO EN LA IGLESIA

Vivimos tiempos difíciles y complejos en el mundo, pero también tiempos privilegiados para demostrar nuestro amor profundo a la Iglesia y comprometernos con ella y más cuando se ha puesto de moda hablar de la Iglesia con cierto desprecio y con ferocidad; cuando la persecución no da tregua y cuando la falta de amor se hace evidente con la crítica destructiva, la falta de identidad y compromiso e inclusive con algunas exageraciones que en nombre del amor, tergiversan nuestra identidad de Iglesia. Y esto, se hace aún mucho más doloroso cuando viene de los propios hermanos, que están dentro de la Iglesia, que son bautizados; esto ha ocasionado una mancha oscura que será difícil de quitar y sobre todo aquello que dijo alguien y que *jojalá no lo hubiera dicho nunca!... "Cristo sí, Iglesia no"*.

Hoy, en muchos ambientes y medios de comunicación, se suele despreciar a la Iglesia, se la considera como un resto del pasado, como una organización que “le lava el cerebro” a la gente, una empresa más, un poder social y económico, un grupo de presión en la sociedad, cosa de curas y monjas... si nos acercamos con detenimiento a la doctrina del Concilio Vaticano II, en la Constitución de la Iglesia *Lumen Gentium* veremos que allí se afirma:

La Iglesia es misterio de comunión. Tiene sus raíces más profundas en el misterio trinitario de Dios. Es fruto del designio de salvación del Padre, en ella esta presente el Espíritu Santo y tiene como fundador y cabeza a Cristo, constituyendo su cuerpo místico. Cristo ama a la Iglesia como a su esposa.

La Iglesia es sacramento universal de salvación. Es continuadora de la misión de Cristo, siendo signo visible y eficaz de la salvación, que nos ha llegado en Jesús. Su meta es unir a los hombres con Dios y a los hombres entre sí, en Cristo.

La Iglesia es pueblo de Dios. Todos sus miembros tienen su misma dignidad, laicos, religiosos y pastores; todos hemos sido incorporados a Cristo en el Espíritu por el bautismo. Cada uno debemos cumplir nuestra misión; por tanto, la Iglesia está llamada a ser instrumento para la construcción del Reino. Esta llamada a anunciarlo e instaurarlo. Debe ser su germen y fermento.

La Iglesia está llamada a la misión. Es esencialmente misionera, “evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar; es decir, para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia, reconciliar a los pecadores con Dios, perpetuar el sacrificio de Cristo en la Santa Misa, memorial de su muerte y resurrección gloriosa” (Pablo VI, *evangelii nuntiandi*, N° 14). En el orden de la fe, la Iglesia es madre.

Ahora bien, frente a esto ¿Cuál debe ser nuestro compromiso? La respuesta no se hace esperar: vivir un amor apasionado a la Iglesia.

Nuestro Arzobispo, nos propone siete caminos concretos para acrecentar el amor hacia ella.

Debemos superar la visión de la Iglesia como una simple institución humana. Con frecuencia se la mira solamente como una organización con fines culturales o sociales. Es verdad, que la misión de la Iglesia, debe tener hondas repercusiones en el modo de vivir la sociedad; y que con frecuencia, debe suplir tareas en campos como la educación, la salud, la promoción laboral. Sin embargo la Iglesia, ha sido congregada y enviada por Cristo, como testigo y servidora de un proyecto más grande: El plan de salvación de Dios.

Debemos ver la profunda unidad entre Cristo y la Iglesia. Desde la experiencia inicial de Cristo y los Apóstoles, como está documentada en los textos bíblicos, Cristo se identifica con su Iglesia, se prolonga en ella, actúa a través de ella. No tiene ningún sentido, decir que se cree en Cristo, pero que no se cree en la Iglesia; en efecto, la Iglesia sin Cristo, no tiene razón de ser y Cristo quiere tener una nueva y actual corporeidad por medio de la Iglesia. La fe en Cristo sin la Iglesia, no supera lo que sería una idea, un sentimiento, o un afecto a un personaje.

Debemos considerar, que la vida y la misión de la Iglesia, nos se fundamentan como piensan algunos, en sus logros culturales, en sus estrategias políticas, en sus bienes materiales, en su trayectoria histórica, en su imagen mediática, en sus proyectos sociales. La Iglesia, en realidad vive, de una misteriosa y permanente intervención de Dios, que la ha pensado desde siempre, la sostiene en el tiempo; y la hace capaz de una vocación, que ciertamente la supera a continuar el dinamismo de la Pascua de Cristo.

Debemos vivir la indispensable dimensión comunitaria de la Iglesia. Sin ella, la auténtica Iglesia de Cristo no existe, porque no es posible seguir a Cristo, hacer presente a Cristo, continuar la obra de Cristo en solitario. Aun en el plano humano, no se puede creer, ni amar sin referencia a los demás. La mentalidad individualista, lleva solo al egoísmo y a la autosuficiencia, que finalmente constituye un fracaso, en el plano del ser y del hacer. Crear comunidad es una

tarea pendiente y apasionante.

Debemos incrementar el sentido de pertenencia de todos los bautizados a la Iglesia. No aparece la auténtica Iglesia, si se la identifica únicamente con obispos, presbíteros y religiosos. La Iglesia somos todos los bautizados, cada uno con un puesto y una función en el cuerpo del Señor. Siempre nos complementamos y apoyamos mutuamente, los unos en los otros. Llegar a esto, exige una formación espiritual y catequética permanente, una dinámica renovada de comunión y participación.

Debemos aprender a amar a la Iglesia. Más aun, a sentir con la Iglesia y a vivir todo con la Iglesia. Esto se logra, cuando descubrimos que la Iglesia, es nuestra madre, que nos ha engendrado en la fe, y nos conduce en el conocimiento y la experiencia de Cristo. Más allá de sus limitaciones y pecados, que son los de todos nosotros, la Iglesia es la institución más noble, más sólida y más bella, que pueda tener la humanidad. Para cada uno de nosotros, la Iglesia puede ser sino, un motivo creciente de alegría y corresponsabilidad.

Debemos percibir que es el Espíritu Santo quien guía a la Iglesia. Y que lo hace, cuando nos mueve a cada uno de nosotros, con fuerza y con dulzura, a la santidad a la fraternidad y al compromiso apostólico. Si la Iglesia no logra ser plenamente luz, sal y ciudad sobre el monte, como Dios quiere que sea en el mundo, es por fragilidad de nosotros, que nos resistimos a la enseñanza y a la acción del Espíritu Santo, en nuestra vida. Estamos también hoy en la posibilidad de permitir y cooperar con el milagro de Pentecostés.

Pero, más allá de todo esto, y como conclusión de todo este ciclo de catequesis que hemos vivido, debemos llegar a una conclusión, yo soy la Iglesia, nosotros somos la Iglesia. Muchas veces, nos quedamos contentando solamente la Iglesia en sus instituciones, o como un concepto lejano a nosotros; pero la realidad más profunda, es que el misterio de la Iglesia, comienza a realizarse en cada uno de nosotros, injertados en el cuerpo de Cristo, desde nuestro bautismo, y llamados a convivir en comunión, con los hermanos en el templo de Dios.

Y para comprender, el compromiso que tenemos cada uno de nosotros, al ser Iglesia, bien valdría la pena que volviéramos sobre ese texto del evangelio de San Mateo, que traza para nosotros como Iglesia, un programa de vida: “Ustedes son la sal de la tierra, pero si la sal pierde su sabor ¿con qué la salaran? No sirva más que para tirarla fuera y que la pise la gente. Ustedes son la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo de la mesa, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de la casa. Alumbre así su luz a los hombres, para que se vean sus buenas obras y den gloria a su Padre que está en el cielo” (Mt 5, 13-16).

La imagen de la sal es bien llamativa, ella es usada normalmente para dar sabor a las comidas y en la antigüedad, en ausencia de refrigeradores, era también usada para preservar los alimentos.

Ambos usos, aplicados a la imagen del Evangelio resultan bien interesantes. En primer lugar, los cristianos somos llamados a dar sabor al mundo, pero no un sabor cualquiera sino el sabor de Dios.

Tal vez era esta la imagen que se usaba antiguamente cuando en el día del bautismo, a los niños se les daba a probar por primera vez, la sal, como mostrándonos que la existencia cristiana tiene un sabor distinto a la de los demás, porque tener a Dios en la vida y en el corazón, tiene que dar un sentido distinto a la vida.

Lástima que tantos cristianos, tantas veces nos vamos mimetizando con el mundo y con su estilo de vida y vamos perdiendo el sabor... lástima que esa cultura de la deshonestidad, de la corrupción, de la mentira, de la violencia vaya calando en nuestra vida y nos valla haciendo perder el sabor... cuantos de nosotros hemos perdido el sabor de Dios y entonces, como dice el Señor en el Evangelio: “Si la sal pierde su sabor, no sirve más que para tirarla y que los demás la pisen”.

Lo mismo pasa con la imagen de la sal, que sirve para preservar. Cada uno de nosotros estamos llamados a preservar los valores del Reino; de hecho, tenemos en nuestra vida, el mejor de los tesoros, que es la experiencia de Dios; y tendríamos que custodiarla para que las tentaciones no la echen a perder. Sin embargo, cuantas veces en lugar de preservar los valores del Reino, nos aferramos más bien a nuestras

situaciones de pecado que en lugar de preservar pudren.

Y la imagen de la luz, es igualmente llamativa. Muchas veces en el Evangelio a Jesús se le llama, o Él mismo se identifica como luz; pues bien, Él nos ha comunicado su luz, es el bellissimo signo que se usa aun hoy en el bautismo, cuando se enciende la luz del sirio pascual que se entrega a los padres y padrinos.

La luz de Dios se ha encendido en el corazón de cada uno de nosotros... y como dice el evangelio, no se enciende una lámpara para meterla debajo del cajón, sino para que alumbre a todos los de la casa.

Los cristianos estamos llamados a ser luz que trasmite esperanza, que ilumine tantas oscuridades y tantas tristezas de nuestro mundo, que saquen a la luz, las obras de cuantos habitan en las tinieblas para dejar que la luz de Dios pueda seguir llegando a muchos.

Y dice el Señor que no se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte, mostrándonos con ello, que la Iglesia está llamada a ser, en medio de tantas oscuridades, una ciudad luminosa, capaz de irradiar la luz y la presencia de Dios a los demás.

¿Y cómo podemos ser luz? El profeta Isaías nos lo explica. “Parte tu pan con el hambriento, hospeda a los pobres sin techo, viste al que vez desnudo y no te cierres a tu propia carne. Entonces brillará tu luz como la aurora” (Is 58, 7-10). En un mundo lleno de indiferencia e injusticias, los cristianos debemos brillar por la caridad y por la coherencia de vida, que nos ayude a ser un verdadero testimonio de la presencia de Dios.

Ese tiene que ser nuestro compromiso, renovar nuestro sentido de pertenencia a la Iglesia y comprometernos como Iglesia que somos a irradiar en el mundo los valores del Reino de Dios.

PARA PROFUNDIZAR

El animador invitará a que se desarrolle un dialogo a partir de estas preguntas:

¿Cómo podemos mejorar nuestro sentido de pertenencia a la vida de nuestra Iglesia y de nuestra Arquidiócesis?

¿Qué compromiso nos dejan estas catequesis para nuestra vida concreta?

Nota: Convendría terminar este encuentro con un ágape fraterno, que permita compartir en fraternidad y recoger toda esta experiencia de Iglesia.

#### ORACION FINAL

Se pone un cirio en el centro del salón; y cada uno en una ficha va a escribir un compromiso concreto que desee hacer para mostrar su amor y sentido de pertenencia a la Iglesia y lo van a poner alrededor del cirio

4. Ofenda y avisos

5. Oración final

NOTAS: